

tro oficio quizá es oscuro, ingrato y penoso, delante de los hombres; pero animáos con estas palabras del Espíritu Santo: «Los que enseñan a muchos la justicia brillarán como estrellas en las perpetuas eternidades.»

Bogotá, 12 de octubre de 1925.

FERNAN CABALLERO

(1796—1877)

I

La vida triplemente ejemplar e interesante de la noble dama conocida en todo el mundo con el pseudónimo de *Fernán Caballero* pudiera incluirse a la vez en los *Florilegios* de santidad, en la *Historia de España* y en la de la literatura mundial, porque en santidad rayaron sus virtudes heroicas, porque su nombre y los de sus padres están indisolublemente enlazados con la existencia nacional en uno de sus momentos más críticos, porque por las puertas de la casa paterna de Fernán entró el romanticismo en nuestra tierra, y porque a Fernán cupo la gloria de escribir *en vivo* la historia doméstica de la España que existió entre la Independencia y la revolución del 68, y de ser la primera en recoger en páginas que no morirán el alma de mi Andalucía.

Pero acerca de Fernán no ha dicho la crítica su última palabra; y no la ha dicho porque no podía decirlo, porque ni su vida ni su obra se conocen aún enteras; inédita permanece—¡quién lo diría!—una de sus novelas (*El mirlo*); inéditas y lejos de España sus cartas a M. Antoine de Latour, epistolario interesantísimo, revelado a la literatura por el insigne Morel-Fatio, que

califica a su autora de *Sevigné española del siglo XIX*. En cuanto a biografía, los *Recuerdos de Fernán Caballero*, por el P. Luis Coloma, son lo que su título y el nombre de su autor prometen: memorias y confidencias de Fernán, revividas con alma de novelista; no son aún la biografía; la integración de los documentos procedentes de Alemania, con los datos autobiográficos contenidos en las cartas a Latour, y con los que nos aportan ciertos interesantísimos autógrafos, cuyas primicias ofrezco a mis lectores. El P. Coloma aprovechó—sin declarar las fuentes—muchos de los documentos publicados por Morel-Fatio; pero desdeñó muchos, quizá los más importantes a la vida literaria de Fernán y a la historia de nuestras letras. Cuando de la fusión de estos elementos resurja rediviva la autora de *La Gaviota*—y sólo entonces—fallará la crítica. Quede el doble estudio para el libro que España debe a la madre de la novela moderna y evoquemos aquí a la mujer desde sus orígenes, ya que sólo conociendo a Cecilia alcanzaremos a estimar en todos sus valores a Fernán.

II

Imposible hallar psicologías y temperamentos más antitéticos que los de los padres de la célebre novelista. El, Juan Nicolás Böhl—más tarde *von Faber*—, un hamburgués de láctea blancura, auri-sedeña cabellera, celestes y líquidas pupilas, exacto como un número, nebuloso y ensoñador como Germania, comerciante de oficio, filósofo por vocación, inaccesible al sentimentalismo, la vanidad y la pasión; todo cerebro y equilibrio: Alemania en carne; ella, doña Francisca de Larrea, gaditana, pequeñita, morena, de bellos ojos, anchas cejas, nariz y boca grandes, rojos labios y blanquísimos dientes, rauda en la percepción, vehementísima en el sentir,

realista *neta*, española hasta el hueso y andaluza hasta la médula del alma, sin que ni la sangre irlandesa de su madre, ni su educación en Inglaterra, ni su dominio de las literaturas europeas mezclaran gota de exotismo a su batalladora *españolera*, justamente exaltada en los días épicos de la Independencia; y, para colmo de incompatibilidades, Juan Nicolás—«Don Juanito,» como en Cadiz le llamaban—era protestante, y doña Frasquita católica, tan sin aleaciones ni transigencias, como lo demostró en una valentísima carta que acaba de venir a mis manos (1).

Síntesis y fusión de aquel contrapuesto dualismo de sus padres fue Cecilia, nacida el 25 de diciembre de 1796 en Morges (Suiza), a orillas del poético lago de Ginebra, y bautizada el 13 de marzo siguiente en la iglesia católica de san Juan de Echallens, con el nombre de su abuela paterna, Cecilia Lütken, cuyo segundo matrimonio con el consejero Martín Jacok von Faber había ocasionado la desavenencia que ahuyentó de Hamburgo a Juan Nicolás y a su hermano Gottlieb. Reconciliados los hijos con la madre, el matrimonio Böhl, acompañado de la madre de Frasquita, dirigióse a Hamburgo, cuando, no *al atravesar* Suiza ni tan *por casualidad*, como hasta ahora se ha creído, sino residiendo los jóvenes esposos en las soñadas márgenes del Leman en una casita rodeada de altos nogales—donde habitaron desde la primavera de 1796, por lo menos hasta marzo de 1797—vino al mundo la futura novelista según nos cuenta su propia madre en una bella remembranza titulada «Suiza» —nuevo y expresivo do-

(1) *Carta a un protestante*, el cual era, a mi parecer, no menos que el celeberrimo Blanco White, amigo y—como oriundo de irlandeses—doblemente paisano de doña Francisca, la cual le escribía repetidamente a Londres.

cumento para las biografías de ambas escritoras—, donde se respiran el lugar, la época, el alma de la autora y el ambiente *ossianico* en que Cecilia abrió los ojos, transcribo algunas pinceladas: «Nos retiramos a una casa de campo a las márgenes del Leman. A la par del día se presentaba a nuestra vista el piélago tranquilo, reflejando sus agigantadas montañas...» «Yo gozaba de la existencia...» «Pronto iba a ser madre, y mi corazón, lleno de inocencia y amor, aprendió lo que era ternura maternal antes de nacer mi criatura...» «Así voló la primavera y el verano...» «Llegó el invierno con todas sus frías bellezas...» «Los dedos tersos de la muerte parecían sujetar toda corriente vital...» Y concluye: «¡En esta soledad nació mi Cecilia!» (1). Aquella niña fue, como dice Morel-Fatio: «Combinación y resultante del genio de varias nacionalidades. Alemana, y alemana del Norte, por su padre; española por su madre, irlandesa por su abuela materna y... francesa, hasta cierto punto por la primera cultura de su espíritu.» El maravilloso poder de asimilación con que nuestra patria hace suyos aún a los más extraños, españolizó en las venas de Cecilia, como en las de su madre, toda la sangre extranjera; mas en el ápice de su mente quedó flotando como jirón de niebla del Norte el ensoñador germanismo paterno. Así en la persona como en la obra de Fernán, en su septentrional belleza, nívea, blonda y como velada; en sus pupilas

(1) El R. P. Fray Diego de Valencina, en su reciente discurso de ingreso en la Academia sevillana de Buenas Letras, transcribe este párrafo de doña Francisca que cree publicar por primera vez, puesto que añade: «Nadie podrá dudar ya del lugar donde nació la ilustre autora de *La Gaviota*»; sin duda el docto capuchino desconocía el presente artículo publicado en *Blanco y Negro* en 1915.

celestes, en su ascética austeridad, en sus nieblas de idealismo, se percibe a Germania a través de Juan Nicolás, como se adivina a Frasquita en el elemento contrario: en el ímpetu, en la llama, en la *cólera española*, en cuanto hay de impulsivo y de inconsciente en el artista y en el hondo resuello del realismo español. Pero a Böhl de Faber, el patriarca del hispanismo, el colector de la *Floresta*, el paladin de Calderón, el enamorado de los *Lieders*, e imbuido en los místicos de Alemania, el divulgador de Kant y de Schiller, en Cadiz, le conocemos todos, mientras que la madre de Fernán, la otra mitad de la psicología del novelista, era hasta hoy una incógnita. Doña Francisca Larrea pasa un momento por las márgenes de nuestra vida pública animando sus ya históricas tertulias de Cádiz, enardecido la contienda clásico-romántica, que fue el despertar de nuestro nacionalismo literario. Todos sabemos esto; pero ninguno de nosotros ha leído las obras que doña Francisca firmaba con el significativo seudónimo de *Corina*, ni la conocemos a ella; pero aún, la conocemos a través de los que la desconocieron; de su antagonista Alcalá Galiano que, en el calor de la polémica, la llamaba *amazona literaria*—aunque después renegase de Boileau y confesara su injusta acrimonia para el docto matrimonio—, del propio Böhl, que en sus cartas a Campe—anteriores a su abjuración al protestantismo—, como quien vivía en espiritual divorcio de su mujer, no la favorece al hacer su retrato físico y la considera: «Bien dotada espiritualmente, pero demasiado *romanesca*»—palabra que para Böhl de Faber tenía el poco halagüeño significado que nos define Fernán—y falta de voluntad para «someter el sentimiento engañoso al yugo de la razón y para responder al ideal que él se había formado de una mujer.» La declaración es terminante:

Frasquita y Böhl no coincidían. Así, ni cuando nació Cecilia, ni cuando Juan Nicolás, a quien su padrastro cedió el apellido de *von Faber*, se incorporó a la nobleza del imperio y adquirió el señorío de Görslow en Mecklemburgo, logró aclimatar a Frasquita en Alemania. La familia, aumentada ya con otros tres hijos, se dividió: el padre, Cecilia y el varón, Juanito, permanecieron en Alemania; Frasquita con su madre y sus dos hijas menores, Angelina y Aurora, se volvieron a España y residieron alternativamente en Chiclana o en Cádiz, hasta 1811. En este año emprendió Frasquita con las pequeñas y con su madre, según presumo, un largo viaje, hasta ahora ignorado, que terminó en Görslow el 14 de agosto de 1812; y en 1813, toda la familia Böhl, excepto Juanito, regresó definitivamente a España. Precedió al viaje un gran acontecimiento: Juan Nicolás abjuró al protestantismo «en agosto de 1813 en Schewerin, poco antes de embarcarse para España con su hija»—dice Morel-Fatio—; pero por Frasquita sabemos que padre e hija no volvieron solos. Por entonces se hizo la concordia, la gaditana se germanizó, comentó a Schlegel, escribió a Schiller desde Görslow, y Juan Nicolás acabó de españolizarse, se hizo católico, y Frasquita renació con aquel júbilo, sin que ni la ruina financiera de la casa Böhl la abatiese; su marido escribía, el 6 de abril de 1816: «Mi mujer es dichosa en su país y se contenta con lo necesario.» Yo leí en esta frase toda una biografía. Y aunque el P. Coloma parece ver en la madre de Fernán la antítesis del buen educador que fue Juan Nicolás y atribuye el descabellado primer casamiento de Cecilia a la exaltada imaginación y a la *sequedad, despego y egoísmo* de aquella señora, teniendo por significativa la preferencia de Fernán por su padre, faltábanme datos para creer desamo-

rada a aquella madre—ahora ya sabemos que amaba a su hija desde antes que naciese—; respecto al primer casamiento de Cecilia, tan engañado como la madre fue el padre, como lo demuestra una carta suya; tampoco era raro que Cecilia, que vivió lejos de su madre y bajo la tierna vigilancia paterna los ocho años más decisivos para la formación de la personalidad—de los nueve a los diez y siete—, prefiriese a su padre; pero sí llama la atención, contrastando con el fervoroso culto que a éste dedicaba, que «no hablase de su madre sino rara vez, y como de paso, ni mencionara la cultura de esta señora, que era mucha, ni sus méritos literarios, que no eran pocos.» No sé si la imaginación del autor de *Pequeñeces* abultaba este olvido de Fernán para con su madre; pero hasta por esa referencia del P. Coloma deseaba yo vehementemente conocer a la incógnita *Corina*, en quien adivinaba el precedente artístico de Fernán, cuando, como caídos del cielo, vienen a mis manos dos cuadernos de autógrafos de la madre de nuestra gloriosa novelista; un «Diario» (incompleto) del viaje de doña Francisca desde Inglaterra a Alemania y del de vuelta hasta embarcarse en Portsmouth para España—de 1812 a 1813—y una «Miscelánea» de cartas y opúsculos literarios, fechados casi todos, de 1807 a 1817. Los autógrafos de doña Francisca tienen triple y grandísimo interés; rectifican la biografía de Fernán y la de su madre y nos descubren en ésta una de las mujeres más representativas del período de la independencia y el precedente estético de nuestra novelista. Dictados al correr de los hechos estos irrefragables testimonios, corrigen varias veces las memorias que Fernán evocó ante el P. Coloma, a tan larga distancia de años. Así, demostrado que la esposa de Böhl faltó de España por lo menos desde diciembre de 1811 hasta el otoño de

1813, demostrado queda que ni pudo acudir a Chiclana a recibir a su marido y a Cecilia que, según los *Recuerdos*, volvieron de Alemania en 1812 (ni en 1812 hubiera podido escoltarla a través de la línea francesa el general Senarmont, si éste, como el P. Coloma consigna, pereció en la batalla del Cerro, es decir, el 5 de marzo de 1811), ni pudieron tampoco doña Frasquita y Cecilia asistir al célebre baile con que la nobleza española obsequió a lord Wellington en Cádiz al expirar diciembre de 1812, porque doña Francisca estaba en Görslow, donde fechó el 2 de enero de 1813 su *Lettre à un ami sur la critique de Mr. Schlegel...*» (1). El viaje de doña Francisca desde Chiclana a Cádiz atravesando la *frontera francesa* en los días del asedio, cierto fue; pero ni tuvo por objeto esperar a Böhl y a Cecilia, que ni volvieron solos, ni entonces, sino en 1813, ni ocurrió en 1812, sino en 1810, como demuestran de consuno una carta de Böhl a Campe y el testimonio de Alcalá Galiano que, al historiar las tertulias de doña Francisca, dice, refiriéndose a ella: «a quien acababan de dar licencia los franceses para pasar a Cádiz desde Chiclana, donde residió durante los primeros meses del sitio...» Comenzando éste el 5 de febrero de 1810, doña Frasquita pudo ir a Cádiz hacia mayo o junio y permanecer allí un año, no mucho más, y eso durarían las tertulias históricas, a las cuales no pudo asistir Cecilia, como cuentan los *Recuerdos*, ya que por diciembre de 1811 hallamos a Frasquita en Brighton (Inglaterra), donde fechó su nostálgico *fragmento* «Chiclana,» deplorando que aquel «dulce rincón» se hallase en poder de los invasores y evocando bajo aquel plomizo cielo «los celestes horizontes» andaluces.

(1) Miscelánea.

III

Nó cabe aquí—y es lástima!—la semblanza que merece por sí y por su singular significación en la España de hace cien años la interesantísima personalidad de doña Francisca de Larrea, mujer en quien la intuición maravillosa y la adivinación sentimental rivalizaban con la inteligencia; cosmopolita por su origen, familia y cultura, ultra-española de alma, a quien excepcionales circunstancias relacionaron con las más altas celebridades europeas, y fue traductora de Byron, comentadora de Schlegel y de Schiller, entusiasta de la Staël y de Chateaubriand, precursora del romanticismo, versadísima en nuestros clásicos y tan exaltadamente patriota, y apologista de Calderón, del *Romancero*, del *Quijote*, de todo nuestro genio nacional, que si no con las armas con la pluma flamígera en los periódicos, con la palabra candente en sus tertulias, fue tal vez la más representativa de las épicas mujeres de la Independencia, ya que tanto como la libertad del terruño afirmó el espíritu étnico que arde en nuestra literatura insuperable. Bastan a mostrar la estirpe espiritual de la madre de Cecilia tres rasgos de la *Miscelánea*: el primero habla de la magna creación de Cervantes: «No es *Don Quijote*, por cierto, una obra satírica y antipatriótica, como lo pretenden los franceses, ni una obra destructora de los principios caballerescos, como lo pregonan los ingleses....» Casi un siglo después dijo Menéndez y Pelayo que el *Quijote* «no vino a matar un ideal, sino a transfigurarle y enaltecerle»; el segundo es este juicio estético: «... Los grandes artistas deben idealizar la naturaleza, no imitando sus mejores cosas, sino dando aun a las peores, el alma que se les escapa a los ojos vulgares.» Esto hizo Velázquez con sus enanos y sa-

bandijas de Palacio; ésta es la teoría del realismo español y la raíz de la obra de Fernán Caballero. Pero hay más: hay un «Diálogo» que parece primera forma de los *Diálogos* de Fernán, y evidencia que doña Francisca recogía de labios del pueblo anécdotas y frases; es decir, que, sobre profesar *la teoría*, empleaba *el procedimiento realista*, y, por lo tanto, que en ella estaba ya en potencia y de ella procede la personalidad estética de la iniciadora de nuestra novela moderna.

IV

En cuanto a la biografía de Fernán Caballero, la externa—completado ese primer período—es sabidísima; la interna está por estudiar y la síntesis crítica no existe (por eso me detuve a rectificar lo erróneo y a revelar lo ignorado de ella). La ascética y nobilísima personalidad de aquella gloriosa viejecita, a quien tanto deseé conocer en mi infancia y a quien *adiviné* al salir de una iglesia, es universalmente conocida, sobre todo a través del P. Coloma, que divulgó lo más novelesco y dramático de tan larga y fructuosa vida. El trágico espectáculo de Trafalgar, columbrado por Cecilia—a los nueve años—desde la azotea de su casa de Cadiz, junto a aquella madre que Fernán perpetuó en un rasgo de su pluma; su educación francesa en Alemania, primero mediante una institutriz belga, luego en el colegio de Hamburgo, hijuela del de Saint Cyr, que imprimió en Cecilia el sello *legitimista* de su distinción y sus ideas; el *romancesco* primer casamiento de la futura escritora, originado en una jactanciosa apuesta del joven capitán de granaderos don Antonio Planells y Bardaxi, *gallardo y calavera*, como don Juan, cuyo despótico proceder puso a prueba la heroica virtud de Cecilia, quien, personificándose en la protagonista de su novela *Clemen-*

cia, transformó después en arte aquel martirio conyugal, abreviado por la repentina muerte de Plánells en Puerto Rico; la vuelta a España de la joven viuda y, tras breve estancia en Hamburgo con la abuelita Lützens, el 26 de marzo de 1822; su boda con el marqués de Arco-Hermoso, a quien ella califica—en sus cartas a Latour—de «hombre ideal, que la hizo idealmente feliz»; y, por último, la dolorosa novela de su tercer casamiento, ya tardío, contraído «por compasión»—según el P. Coloma—con el joven rondeño don Antonio Arrom de Ayala, quien, por lo mismo que supo estimar cuanto valía en Cecilia, sintió por ella un amor tan vehemente, que puso en riesgo su vida. La novela terminó trágicamente en abril de 1859 con la ruina y el suicidio de Arrom, terrible catástrofe que nubló para siempre el alma de la cristianísima viuda, la cual vivió ya sólo vida de piedad y misericordia, primero en su poética morada del Alcázar sevillano, después en su blanco nido de la calle de Juan de Burgos, en aquella casita sin fachada, cuya vida era *toda interior*, como la de la novelista ejemplar que, en su poltrona de *reps* verde, entre su cesta de labor y el atril, que le ofrecía un libro abierto, leyendo siempre sin dejar de hacer calceta para los pobres, vivía allí en franciscana pobreza—después de renunciar magnánimamente una fortuna—, a fin de que el producto exiguuo de su labor literaria fuese íntegro para obras de caridad. Dura en mi espíritu la impresión de duelo de aquel 7 de abril de 1877, en que Sevilla toda, desde la reina doña Isabel II y la duquesa de Montpensier, hasta el último mendigo consolado por Cecilia, lloró la muerte de aquella *venerable*, con cuya gloria de escritora mezclábanse albores de bienaventuranza.

Así fue la mujer; el escritor se reveló—¿quién no

lo sabe?—al publicarse en 1849 *La Gaviota*, la novela más leída fuera de España en el siglo XIX, cuya aparición fue un acontecimiento literario, fue el despuntar de todo un género, que don Eugenio de Ochoa saludó como la revelación de un Walter Scott español. Era, en efecto, el pintor de la realidad nacional el que se manifestaba. Pero el seudónimo, adoptado aprisa al salir a luz *La Gaviota*, no reveló a un novelista que nacía, bautizó a un novelista que llevaba veinte años de producir en silencio. La verdadera novelista, la que sintió el llamamiento de la vocación, fue la marquesa de Arco-Hermoso, que en las habitaciones bajas de su hacienda de Zafra, en Dos Hermanas, tanto como un taller de caridad presagio de los actuales hizo un observatorio de la psicología local; allí sorprendió en plena acción la vida rural andaluza, y allí nació—*folklore* o *demopedia*—la ciencia que estudia el pueblo. De allí, de entre las casas blancas, los rojos terrones y los verdigrises olivares de Dos Hermanas, surgió, trágica y respirante, *La familia de Alvareda*, en la que todo vive, y de la que el autor del *Don Alvaro* escribió que «hasta el perro *Melampo* y el naranjo del patio interesan y conmueven...» Tras de *La Gaviota* surgieron a la publicidad una serie de novelas que ya existían: *La familia de Alvareda*, *Clemencia*, *Lágrimas*, *Un verano en Bornos*, *Elia*, *Un servilón* y *un liberalito*, y la gloria comenzó para el ignorado autor que las creó en colaboración con la vida.

El error de Fernán procedió de la austeridad y *didactismo* paternos; empeñado en hacerse perdonar el delito de haber nacido novelista en gracia de producir obra *seria*, nacionalista y pedagógica—en su prólogo a *La Gaviota*—, confiesa su noble error: el creer que en la novela lo capital era el estudio o el sermón, y lo

accesorio «el marco»—dice—, la novela. Esto *dogmatizaba* Cecilia; pero Fernán creaba abrazado a la realidad. Su novela *Sola*—imitación o no de Sué—y sus cartas a Latour nos revelan a un Fernán desconocido de los más, nos revelan la lucha entre el novelador realista a la española, que era Fernán, y la púdica dama de alma de azucena, que era Cecilia, lucha en que se acrisoló la santa que había en Cecilia y se malogró en parte el gran novelista que había en Fernán. El *exotismo* y el *sermoneo*, defectos congénitos en la hija de Böhl, perjudicaron al novelista; sin ello, su obra sería perfecta; a pesar de ellos será inmortal; su interés y su valor como única representación íntegra y palpitante de la vida doméstica española desde la independencia hasta la revolución del 68 crecerán con el paso del tiempo, y será dolor y vergüenza que España no haya perpetuado en mármol o en bronce la figura de la mujer que creó la novela moderna y eternizó con la gloriosa eternidad del arte medio siglo de la vida nacional.

BLANCA DE LOS RIOS DE LAMPEREZ

(De *Raza Española*)

ROSARISTAS ILUSTRES

NOTAS

En el número 111 de esta REVISTA, publicó nuestro estimado amigo el erudito padre Daniel Restrepo, S. J., un artículo por demás interesante, para los aficionados a esta clase de estudios, sobre la descendencia del ilustre mártir de la Independencia, hijo del Colegio del Rosario, don José María García de Toledo. Con el intento de

Rosario
Archivo
Historico